

Carolina Molina

GUARDIANES DE LA ALHAMBRA

Una gran historia de amor en la Alhambra del siglo XIX,
lugar de encuentro de viajeros románticos tan ilustres como
Washington Irving o Alejandro Dumas.



Guadianes de la Alhambra



Guardianes de la Alhambra

Carolina Molina

Rocaeditorial

© 2009, Carolina Molina

Primera edición: enero de 2010

© de esta edición: Roca Editorial de Libros, S.L.
Marquès de l'Argentera, 17, Pral.
08003 Barcelona.
info@rocaeditorial.com
www.rocaeditorial.com

Impreso por Brosmac, S.L.
Carretera de Villaviciosa - Móstoles, km 1
Villaviciosa de Odón (Madrid)

ISBN: 978-84-92.429-76-9
Depósito legal: M. 229-2009

Todos los derechos reservados. Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del copyright, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamos públicos.

A Fernando y Alberto, para que sean
los guardianes de nuestra próxima
generación, aquélla que ame y proteja
nuestro patrimonio artístico.

Presentación

*M*e gusta la novela histórica. La buena novela histórica, se entiende. Posiblemente porque me permite transitar por mundos que me son conocidos desde otra vertiente. Me atraen particularmente aquellas que se desarrollan en espacios que me resultan cercanos, o que transcurren en épocas que para mí guardan una especial significación, circunstancias ambas que se aúnan en estos *Guardianes de la Alhambra* que firma Carolina Molina. Porque la trama novelesca que le sirve de hilo conductor se ubica en una ciudad —Granada— y en un momento —el de la eclosión del romanticismo— que captaron mi interés y mi atención en tiempos ya lejanos y que siguen estando presentes en mi labor profesional.

La Granada romántica. Pero ¿qué es la Granada romántica? Un inmenso puzzle, según yo lo veo, en que cada pieza adquiere vida propia, conformando una imagen llamada a dar la vuelta al mundo. La Granada romántica es la de los contornos vivos y coloristas que le prestan los viajeros que llegan hasta ella en avalancha incontenible. La de las tertulias literarias y artísticas que nacen en su seno, prestándole un sello definido. La de las publicaciones que marcan el tono de la época y que incluso en sus títulos están lanzando un mensaje difícil de ignorar. Es, en fin, la de los poetas, prosistas y dramaturgos que la toman como inspiración o como marco de su propia fantasía. Facetas, aspectos todos ellos, que forman parte de esa Granada romántica que cruza los espacios. Que hace suspirar a más de

uno por su contemplación. Que incita a la queja dolorida del que no pudo llegar a verla.

Una ciudad tiene diversas caras. Según la óptica desde la que se la contemple aparecerá brillante y colorista; sombría y preocupada; extática y dormida. Esa variedad polifacética se acentúa en Granada, que tantas veces ha sido recreada, contemplada más con los ojos del alma que con los de la mente. Hay muchas Granadas en Granada. Tantas —casi— como personas se acercan hasta ella, para transmitirle algo de sus propios sentimientos y sensaciones.

Complejo puzzle, cuyas piezas ha sabido manejar con destreza la autora, lo que no resultaba cosa fácil. Casi intuitas, unas; situadas en un rotundo primer plano las otras. Ocurre así con los relatos de viajes, cuyos autores se convierten en gran medida en guías de aquel tiempo que fue. No es la suya una elección que pueda extrañar. A mí, al menos, no me asombra, ya que a ellos he dedicado muchas páginas y continúo dedicándoselas. Numerosos son los aspectos a destacar en sus textos que avalan esa preferencia: la belleza de las descripciones, el ambiente perdido, el palpito de una vida que de otro modo hubiera caído en el olvido...

De su mano —y de la de Carolina Molina— salimos a las calles y plazas para recorrerlas sosegada, pausadamente. Nos deleitamos ante el Darro en su discurrir a cielo abierto, cruzado por numerosos puentes. Disfrutamos de la magnífica vista que ofrecen los viejos barrios. Nos sumergimos en el bullicio del Zacatín y la Alcaicería. Paseamos en el atardecer por las orillas del Genil. Compartimos el rato de tertulia que, con frecuencia, tiene como marco un viejo patio en el que susurra la fuente o el pilar. Subimos a la Alhambra para dejarnos envolver en su mundo de ensueño.

«Lo primero que se me ocurre ante el libro que leo es buscarle el aire de familia. Contra lo que muchos creen, las obras que menos se parecen a las demás, por falta de abolengo común, son las que valen menos. De la originalidad hay que hablar no poco. Una literatura sin historia perfectamente acusada, sin antepasados ni casta, tiene mucho adelantado para

merecer el entredicho. Lo antihistórico o lo contrahistórico es de problemática existencia en el mundo de la estética.» Así se manifestaba a la altura de 1944 el historiador y crítico literario Melchor Fernández Almagro. Sus palabras me han venido a la mente a propósito de la lectura de *Guardianes de la Alhambra*, que he realizado de un tirón y con sumo placer. Espero y deseo que también ustedes disfruten con ella.

CRISTINA VIÑES MILLET*
Granada, junio de 2009

* Cristina Viñes es catedrática de Historia Contemporánea en la Universidad de Granada. Sus amplios conocimientos sobre la Alhambra los ha plasmado en distintos libros. Ejemplo de ellos son *La Alhambra de Granada. Tres siglos de historia*, *Granada en los libros de viaje* y *La Alhambra que fascinó a los románticos*.

Introducción

«Intervino entonces el segundo fundador de la Alhambra, no un comisario de buen gusto, sino una humilde campesina, a quien Montilla (gobernador de la Alhambra) había nombrado portera: su verdadero nombre era Francisca de Molina. Es la Doña o Tía Antonia de Washington Irving, y con su sobrina Dolores y Mateo Ximénez vivirán siempre, inmortalizados por su pluma.»

Richard Ford, *Manual para viajeros por Andalucía*.

Junio de 1858

En las esquinas del soleado patio de la casa del Paseo de los Tristes habían comenzado a brotar unas pequeñas flores blancas. Salpicaban la mata de arrayán con un elegante jaspeado. Fue por entonces cuando me enteré de que los arrayanes también pueden ser hembras, un insignificante descubrimiento que me arrastró a observar la flora de Granada con más detenimiento. Mi madre, doña Bárbara, tan delicada en sus apreciaciones, decía:

—¡Igualito que tu padre, mirando siempre las musarañas! ¿Qué te han hecho a ti esas matas de arrayán, vamos a ver? ¿Es que no tienes algo mejor en que ocupar tu tiempo? Ve al casino, a visitar a los Pardo Moliner, al teatro, a la iglesia... ¡Cualquier cosa es mejor que estar ahí sentado como una estatua!

Yo me defendía con resignación alegando que era un placer oler los jazmines, las damas de noche, observar cómo crecían las voluptuosas hojas de acanto. Todas estas bondades de mi tierra de nacimiento se me habían arrebatado a la tierna edad de seis años, cuando mis padres decidieron enviarme a Madrid, al amparo de mis tíos paternos. Por eso, ahora, fallecido mi padre Manuel Cid y regresado yo a Granada para ocuparme de sus negocios, encontraba todo lo granadino exótico y misterioso. No sólo me asombraba la abundantísima flora de la ciudad, heredera del jardín andalusí, sino que la casa solariega de mi familia, situada en lo que llamaban el Paseo de los Tristes, frente a la mole de la Alhambra, se me volvía desapacible por

su amplitud y por su falta de claridad. Mi madre, desde luego, había contribuido a esta desolación, cerrando ventanales o cubriéndolos con pesadas cortinas que no dejaban traspasar el sol, a lo que se unía el inquietante tedio que la mansión inspiraba, en donde hasta los criados eran lentos en sus quehaceres.

Era curioso que mi madre, doña Bárbara, me recriminara mi actitud. Ella misma se pasaba las horas muertas en el gran patio central, sentada en una hamaca de enea, balanceándose con el impulso de la punta de sus pies. Allí la veía yo todas las tardes, vestida de riguroso negro por guardar luto a mi padre, y suspirando con un «ay» quejumbroso, que, quien la oyera, parecería reconocer en ella los estertores de la muerte. Pero no crean ustedes que mi madre anhelaba el recuerdo de mi padre, su esposo durante más de veinte años. Mi madre bostezaba, suspiraba y perfeccionaba sus ayes con una única cosa en la cabeza: el deseo de realizar la mejor fiesta de la temporada.

Así era mi madre, egoísta, insensible, impaciente y la misma imagen de la contradicción. Con todo, me hizo un gran favor buscándome una tarea en la que ocupar mi existencia. Un día, me asaltó mientras tomaba mi desayuno en la salita de estar (ella desayunaba regularmente a las seis de la mañana) con un brillo peligroso en los ojos. Sin darme los buenos días se acercó y dijo:

—Tú vas a tener una ocupación a partir de hoy. Pídele la llave de la biblioteca a Teolinda y mira a ver qué podemos salvar de las llamas. Si no lo haces tú, yo misma estoy dispuesta a quemar todos esos anaqueles de herejía. Eso si no se lo han comido todo antes las polillas.

Yo me quedé asombrado. Todavía había partes de la casa que no conocía y llevaba viviendo en ella cerca de ocho meses.

—¿Hay una biblioteca en la casa? ¿Y cómo es que no es de acceso libre a cualquiera de nosotros? ¿Por qué la has cerrado?

—En eso te equivocas, Maximiliano —me dijo categórica y con algo de ironía en su boca—. En la biblioteca sólo entraba tu padre. Lo que hay dentro de esa estancia es un puro misterio. ¡Todos los pintores son tan excéntricos! Con decirte que tuvimos que rebuscar la llave de la biblioteca entre las ropas

de su mortaja...Tu padre no tenía la cabeza buena, créeme, Maximiliano.

A esas alturas del tiempo ya conocía la inaceptable relación de mis padres. Cuando era muy niño les veía discutir con frecuencia y, casi siempre, las temidas disputas terminaban con el llanto teatral de mi madre y la huida de mi padre a otro lugar de la casa buscando una serenidad que siempre parecía anhelar. Yo ya sabía que mi madre no era una mujer fácil y que mi padre era un idealista. Eran como la roca y el mar. Mi padre, la roca inerte, fiel a sus ideas, y mi madre, la ola traicionera que azota la roca hasta eliminar sus incómodas imperfecciones.

—Bien —dije yo—. En cuanto termine el almuerzo le pido a Teolinda las llaves.

—Sí, sí, hazlo pronto —añadió mi madre poniendo punto y final a la conversación—. Y si necesitas que Rosita te limpie un poco el polvo acumulado, dímelo, que la libraré de ir al mercado. Todo te lo dejo a tu criterio, tú ya sabes que ahora eres el señorito.

Finalmente, doña Bárbara desapareció de mi vista. Y yo me sentí extrañamente animado por tener un aliciente para aquella mañana. Posiblemente me echarían de menos en el casino, lo cual me agradaba mucho más; ya era hora de que creara misterio alrededor de mi persona. Y esto lo pensé ignorando que, muy pronto, un secreto me sería desvelado. La biblioteca de mi padre lo mantuvo oculto durante años, tal vez porque los secretos, o los enigmas, o los misterios, sólo se muestran a quienes saben comprenderlos.

No voy a negar que mi mano tembló al introducir la llave en la cerradura. Tampoco ocultaré que momentos antes se me había resbalado de los dedos el pesado llavero, cayendo tres veces sobre la ruidosa tarima.

Todo ello era parte del ceremonial previo al descubrimiento de un gran enigma. Así ha sido siempre en la vida de los ingenuos humanos que son obsequiados con el don de una revelación.

Con el corazón palpitante abrí la pesada puerta de la biblioteca. Con todo aquel preliminar esperaba oír chirriar los goznes o tropezar con algún gato negro, sin embargo, la puerta se desplegó con ligereza y no sentí ruido ni movimiento alguno hasta pasados algunos minutos, cuando los velones sobrepuestos en una consola del pasillo temblaron con alguna ráfaga de viento inapreciable provocando unas sombras sinuosas en la entrada de aquel extraño aposento.

Me acerqué al ventanal y descorrí las cortinas color ocre. La luz proveniente de la Sabika inundó la estancia cegándome fuertemente. Tuve que pestañear, sacar un pañuelo para limpiar mis ojos ciegos y adaptarme a la enigmática luz que había torneado, de forma súbita, los volúmenes y las formas contenidos en aquella biblioteca.

¿Cómo era posible que durante todo este tiempo hubiera ignorado la existencia de aquel lugar? Y al acceder a la casa por el gran portalón, ¿por qué no hube desviado la mirada hacia el ventanal de la biblioteca, preguntándome a dónde daría? ¿Quién me impidió deambular alguna tarde aburrida hacia el pasillo que comunicaba con la biblioteca y pararme frente a esa puerta cerrada y desconocida?

Reconozco que, por entonces, yo veía el mundo como un romántico. No en vano, durante muchísimos años, aun cuando este movimiento ideológico se había despedido de España, fui conocido y a veces despreciado por el mote de Max, *el Romántico*. Ustedes podrán juzgar la razón de por qué surgían en mi espíritu preguntas tales, me lamentaba de no haber sido lo suficientemente perspicaz para encontrar por mi propia cuenta el lugar de la casa que, en el futuro, iba a darme mayores satisfacciones.

Durante algunos minutos estuve moviéndome sin lugar fijo. Balanceaba la vista de un rincón a otro sin intención de detenerme en ninguno, sólo quería abarcar el contorno de la estancia, calcular los cientos de libros allí acumulados, el piano oculto entre las partituras y un caballete de pintor, aparentemente inutilizado, rota una de sus patas, lo que le daba el aspecto de un esqueleto olvidado por el mundo de los artistas.

Finalmente decidí sentarme. Lo hice en una butaca que me

parecía contener el cuerpo de mi padre memorizado en su mullido interior. Suspiré tembloroso y alcé la mirada hacia el ventanal. Desde allí se veía una espléndida perspectiva de la Alhambra, y no me sorprendió que mi padre hubiera elegido el mejor lugar de la casa para construir su mundo perfecto.

Abandoné la idea de rebuscar en su escritorio, lleno de papeles. Lo haría en otro momento, pues mi misión era sólo revisar los volúmenes allí acumulados y ordenados en las estanterías. Resultaba irónico que mi padre, tan caótico con sus pinceles y lienzos, herramientas importantes en todo para su labor de pintor, hubiera catalogado y ordenado tan exhaustivamente cada uno de los volúmenes.

Me acerqué a los estantes. Había polvo, desde luego. Deseché la idea de pedir ayuda a Rosita, la criada de mi madre, porque su presencia habría estorbado, con mucho, mi trabajo. Era una muchacha habladora que me hubiera distraído de mis quehaceres. Bien, habladora y sensual, no voy a negar que durante algún tiempo puse mis ojos en ella.

Tal suma de peculiaridades no ayudaban en nada a mi cometido, así pues, decidí adaptarme a la molestia de la suciedad.

«Max —me dije a mí mismo—. Tienes frente a ti la mejor biblioteca de Granada. Considérala el legado de tu padre.»

Tomé un libro: el segundo de la izquierda, tercer estante. Soplé sobre él para evadir de sus páginas el polvo del abandono. Lo acaricié. No llegué a leer su título, simplemente lo presentí como el más apreciado por mi padre. Una corazonada me obligó a dejar el ejemplar sobre la mesa del despacho y reservar, como se hace con los dulces, el mejor para el final.

Mientras, me dediqué a leer cada uno de los lomos. *Madame Bovary*, de Flaubert, era uno de los más recientes; su publicación había tenido lugar un año antes, en 1857. Sus páginas, en francés, estaban señaladas con un doblez en la parte superior derecha. ¿Habría sido capaz mi padre de leerlas en su idioma original?

También encontré *Les Fleurs du mal* de Baudelaire, que aquí se tradujo como *Las flores del mal*, un libro de poemas que había traído de cabeza a la censura.

Éstos los tenía mi padre colocados en la misma estantería. En la de debajo de ellos comprobé que había seguido un orden temático; todos y cada uno de ellos hablaban de Granada, la ciudad que tanto quería, y era, asombrosamente, la mejor colección de libros que yo había visto. Ni siquiera en la biblioteca de la Universidad, que se había engrosado con las amortizaciones de los bienes culturales de los jesuitas, había encontrado libros tan específicos.

El último abencerraje de Chateaubriand comenzaba la lista de los libros orientalistas, expresión de una visión exótica sobre nuestro país a través de ojos extranjeros. Mis pesquisas históricas y literarias me llevaron a saber mucho sobre los viajeros extranjeros que tomaron Granada como uno de sus destinos más solicitados. Claro que eso fue más tarde, cuando yo mismo tuve la ocasión de acompañar a algunos de ellos, intrépidos peregrinos de la aventura española, enseñándoles la Alhambra y la ciudad de Granada.

20 Cuando mi padre falleció, los viajeros románticos ya habían abierto puertas inaccesibles dentro y fuera de Granada. Victor Hugo, con *Los orientales*, escrita en 1828 y de la cual mi padre poseía también un ejemplar en francés, fue la inspiración para muchos. Posteriormente llegaron Washington Irving, Prosper Mérimée, David Inglis, Richard Ford, David Roberts... Nombres que tal vez nunca les hayan sonado más que a eso, a un nombre en un papel. Fue alentador saber que mi padre compartía una porción de este grupo selecto de emprendedores, abanderados de una Granada que se abría al paso de escritores, pintores o músicos, como un nenúfar que se alimenta de los rayos del sol.

Decenas de libros de viajes se desparramaban por las estanterías de la biblioteca, todos en el idioma original de publicación: *Spain in 1830* de David Inglis, *Gatherings from Spain* de Richard Ford, *Voyage en Espagne* de Gautier, *Gazpacho or Summer Months in Spain* de William George Clark, *Manual del artista y del viajero en Granada* de Giménez-Serrano, *El libro del viajero de Granada* de Lafuente Alcántara... Todos y cada uno de ellos tenían en su primera página una dedicatoria

amabilísima: «Estimado Manuel», «Queridísimo amigo Cid», «Compañero», «Estimable colega...». Y en cada pliego enrollado de papel, o de lienzo, que también los había, la dedicatoria no dejaba de ser menos esclarecedora: «Para mi estimado amigo y camarada Manuel Cid» Y firmaban David Inglis, Girault de Pragny o David Roberts.

Los libros también pueden hablar cuando están cerrados. A través de sus cantos dorados demuestran la arrogancia de quien se sabe portador de alguna nueva. Sus solapas gastadas nos dicen si su lector disfrutó al leerlas, si las acarició diariamente o las olvidó sobre una mesita anodina que sólo recibía, de vez en cuando, el contacto de una taza de té.

Durante semanas, los libros me hablaron —de eso estaba seguro—; me hablaron de mi padre, de sus gustos, del infinito amor que profesaba por su ciudad. Del éxito que había conseguido fuera de su aburrida vida marital, escondido de los ojos de quien debería haberle conocido o entendido mejor. Con las dedicatorias, los libros me hablaban de un hombre cosmopolita, familiarizado con los idiomas, que tal vez no los entendiera pero descifraba. Y lo peor de todo era que mi padre, culto y bien relacionado, era consciente del peligroso tesoro que albergaba en aquella biblioteca, de ahí el especial cuidado que puso protegiendo la llave de su puerta.

No voy a negar que me sentí desorientado. La relación con mi padre se había visto relegada a cartas correctamente insípidas, desencantadas aunque afectuosas.

¿Quién hubiera pensado que mi padre, aquel hombre hueraño e insatisfecho, había sido capaz de pertenecer a un círculo de amistades tan selecto? El hombre que me dirigía sus cartas y firmaba con un «Atentamente, tu padre», deseaba decirme algo más, terminar aquellas cartas ridículas —posiblemente censuradas por mi madre— con su mejor legado.

Las jornadas pasaron, fueron días y noches en las que me encontré seducido por las dedicatorias que mi padre había reunido durante tantos años. Me divertía localizando la más simpática, la más extensa o la escrita en el idioma más incomprensible.

Una noche, conseguí sobreponerme a mi perplejidad y algo vino a mi memoria relajada, un recuerdo postergado que tenía su origen en el primer día en que mis pies entraron en la biblioteca. Recordé que había tomado un libro, al azar, uno como cualquier otro, y que lo había dejado encima del escritorio. Me levanté de donde me hallaba sentado, un lugar al que había acudido para sujetar mis rodillas temblorosas; siempre me veía inmerso en un incontrolado estado de ánimo cuando llegaba a ese lugar, territorio de mi padre y del que se desprendía aún el aroma de su propia colonia confundido con el de sus cigarros de picadura. Caminé hacia la gran mesa, caótica, universo de todo y de nada, en la que, distinguidamente, parecía esperar aquel libro.

Lo tomé entre mis manos y busqué su título: *La Alhambra. Una serie de leyendas y apuntes sobre moros y españoles.*

El libro estaba fechado en 1832. Y estaba dedicado por su propio autor en perfecto español:

22

A mi amigo Manuel Cid, a quien agradezco la ayuda prestada, esperando que en algún momento no muy lejano podamos recordar las tardes vividas en la Alhambra junto a la encantadora Dolores, a quien imploro que cuide en mi nombre.

El libro sería más tarde recopilado por el autor, un americano que vivió en Granada durante tres meses, y fue traducido como *Cuentos de la Alhambra*.

Y mi padre —¡cómo podía haberlo dudado!— había sido amigo del extranjero más querido en mi tierra, cuyo nombre era Washington Irving.

No piensen ustedes que en aquella época Washington Irving era tan conocido como lo es ahora. Desde luego que yo sabía quién era y muchos de los que frecuentaban los círculos intelectuales de Granada se habían relacionado con él o sabían de sus escritos documentales. *La Alhambra*, traducida en España como *Cuentos de la Alhambra*, fue escrita en 1832 y poste-

riormente revisada por el propio Irving en 1851, momento en el cual incluyó nuevas leyendas.

Me senté con intención de reflexionar. ¿Cómo era posible que mi padre hubiera frecuentado semejantes relaciones? Por lo que yo sabía, Manuel Cid no había pasado de ser un pintor mediocre que se había decantado por el romanticismo y tomado el paisaje olvidado de Granada como su inspiración. Subía al Albayzín con una carpeta de dibujo y bajaba con ella repleta de bocetos de casas moriscas derruidas, de murallas nazaríes cubiertas por la vegetación del tiempo, presentidas columnas romanas olvidadas en algún dintel o una iglesia desamortizada por Mendizábal ahora abandonada a su suerte. Por este motivo mi madre, doña Bárbara, lo había denominado, con su particular desdén, «pintor de ruinas». Y en el fondo, esto no se desviaba mucho de su afición.

Mi madre había conseguido que mi hermana Agustina y yo mismo tuviéramos un concepto equivocado de mi padre. Ambos seguían vidas diferentes. Mi madre adoraba la vida mundana, mientras que mi padre era un espíritu libre, un ser contemplativo que huía de fiestas y saraos. Cada vez que doña Bárbara preparaba una fiesta, mi padre se buscaba una excusa para viajar. Apenas conocía a los amigos interesados de mi madre mientras que ella se esforzaba por averiguar con quién se relacionaba él, en su afán de controlar la vida de los demás, y luego reprendía, con su habitual ironía, la actitud de tal o cual señor, todos ellos reputados científicos o afamados artistas.

Agustina, mi hermana, desde Roma, y yo, desde Madrid, crecimos con un padre idealizado. Si bien durante muchos años creímos ambos que era el más dejado y despreciable de los progenitores, con el tiempo fuimos comprendiendo el error en que nos había sumido la intachable Bárbara Benajara, una presumida y petulante mujer descendiente de la familia más poderosa de Valladolid. Así, con su odio acérrimo a la ciudad de Granada, a la que tuvo que acudir por su casamiento, y el odio particular a la vida que le dio mi padre, fuera de todo boato, mi madre fue formándose un imperio de mentiras, de laberintos inaccesibles, en donde sólo ella era la protagonista.

No les voy a contar cómo se conocieron porque no lo sé. Ni me ha importado nunca, se lo aseguro. Sólo pretendo demostrar que la figura de mi madre ha sido siempre como un cáncer en la saneada vida de los Cid. Y eso lo he sabido con el tiempo, con la vuelta precipitada a esta ciudad que había olvidado por completo y, curiosamente, con el descubrimiento de esta biblioteca, que es el universo mismo compilado en una habitación.

Resulta desalentador que haya hecho falta que mi padre muriera para que pudiera conocerlo. A veces, lo mejor que hacen algunas personas es legar su historia a los demás cuando ellos ya no están para contarla.

24 Durante algunas tardes reflexioné sobre la vida y la muerte de mi padre. Era mi luto personal, que substituía al brazalete negro en el brazo. Finalmente, decidí actuar. Preveía un verano interesante con tantos volúmenes que consultar, leer o hacer desaparecer sin que mi madre se enterara de que cambiaban de sitio y no eran destruidos, como ella pretendía. Así que cuando doña Bárbara salía de compras o a pasear a las alamedas, yo metía unos cuantos volúmenes en un maletín y se los llevaba a mi profesor, Julián Mínguez, quien me había ayudado mucho desde mi vuelta a Granada. Era la única persona en la que realmente confiaba, entre tantos ignorantes, calaveras o presuntuosos burgueses como había en la ciudad. Él me recibía entusiasmado de poder recoger la herencia de mi padre. «Qué gran hombre, don Manuel —decía Mínguez— Sin duda, un gran hombre.» Y se rascaba la nariz con su amplio pañuelo de sarga, que más parecía una sábana que un pañuelo.

Pasaron algunas jornadas como éstas y, claro está, nuevamente me encontré con los *Cuentos de la Alhambra* de Irving y su curiosa dedicatoria. Imaginé las tardes que podría haber disfrutado mi padre en el interior del palacio de la Alhambra, lugar que yo no conocía aún. Piensen ustedes que la Alhambra, en 1858, no era lugar de romería, ni de visita común de los granadinos. En la Alcazaba se encontraba la prisión militar, gran parte de los palacios eran propiedad del gobernador y en el resto había

una actividad constante de restauraciones, más o menos polémicas, del señor Contreras, nombrado restaurador adornista en 1847 y que hacía del monumento su expresión particular del arte nazarí, poniendo donde no había y quitando donde sí había.

Con esta perspectiva, pocos granadinos subían a la Alhambra, y la contemplaban como se contempla a una montaña. Ignoraban si su interior era tan austero como el exterior, desconocían su tamaño, si tenía patios o arcadas. Sólo sabían que en la misma puerta de la Justicia acechaban mendigos pidiendo limosna y que en lo que antes era el convento de San Francisco, tanto como en la calle Real, se repartían sus ruinosas paredes gitanos o gentes de mal vivir.

Dicha esta aclaración, se preguntarán ustedes, cómo era que tan desastrosa perspectiva de la Alhambra no me había interesado de antemano. La explicación era muy sencilla: desde mi llegada a Granada, hacía de ello ocho meses, había decidido, simplemente, adorar platónicamente a la Alhambra como se quiere a distancia a una mujer desconocida cuya belleza nos atrae. Entonces lo decidí así y ahora, sin embargo, con todo lo que había encontrado entre los libros de mi padre, me imaginé que había recibido el flechazo de un amor más interesado y físico, que me obligaba a considerar la Alhambra como el objeto de mis futuras pesquisas.

Me dirigí a la cocina, a buscar al servicio de la casa; allí siempre se obtenían los mejores chismes y la más fidedigna información de la ciudad. Salvo la doncella particular de mi madre, Teolinda, venida de tierras asturianas, nadie más se encontraba allí. No la creí capacitada para responderme, así que le pregunté por Rosita, más habladora y agradable para la vista.

—Señor, está en el patio, regando y limpiando el estanque. Dice el ama que pondrá peces... —Teolinda meneó la cabeza disconforme—. Así que muy pronto tendrá desayuno la gata.

Me marché. Las ideas de mi madre eran de lo más peliagudas. Durante su tiempo de luto no había podido celebrar fiestas pero ya se había buscado una extravagancia de la que disfrutar en la intimidad: un criadero de carpas que traería problemas a todos los miembros de la casa.

Cuando salí al patio, Rosita canturreaba alegremente. Tenía las faldas subidas y recogidas hasta las rodillas, sujetas por unas medias de hilo que le llegaban a media pierna. Era una muchacha demasiado indecorosa para mi madre, de haber estado allí la habría reprendido severamente, pero su desenvoltura, lejos de molestarme, me resultaba refrescante y desde luego, placentemente sensual.

En el centro del patio, rodeado de columnas, se encontraba un pequeño estanque. La casa guardaba la herencia romana del *impluvium* central, donde iba a caer el agua de la lluvia en los tiempos húmedos. El estanque siempre había estado vacío —tal y como yo lo recordaba— o cubierto de aspidistras de largas hojas. Pero mi madre había tenido su extraña fantasía, avallada por las abundantes horas que se pasaba sentada en la hamaca buscando el frescor de la piedra, y ésta, como todos sus caprichos, era inquebrantable.

Rosita barría contoneándose dentro del estanque. Cantaba una cancioncilla que se había puesto de moda con la publicación de *La gaviota* de Fernán Caballero. Decía así:

Estándola enamorado,
el marido que llegó.
—Ábreme la puerta, cielo.
Ábreme la puerta, sol.
Que con el aretín, que con el aretón.

Ha bajado la escalera
Quebradita de color.
—¿Has tenido calentura?
¿O has tenido nuevo amor?
Que con el aretín, que con el aretón.

—Ni he tenido calentura
ni he tenido nuevo amor.
Me se ha perdido la llave
De tu rico tocador.
Que con el aretín, que con el aretón».

Tardó algunos segundos en advertir mi presencia. Luego, con su característico sobresalto, mitad real, mitad teatral, se separó el flequillo de la cara con un soplido y dijo:

—Me ha *asustao* el señorito. ¿Quiere que le haga algún *mandao*?

Yo me quedé perplejo mirándola. Tenía una sonrisa que erizaba el vello de la nuca. Sonreí intentando recordar lo que iba a preguntarle.

—Deseo que me contestes a algunas preguntas. Seguro que sabes más que yo de este asunto.

—¡Ay, señorito! —exclamó esta vez con entera preocupación—. Yo no sé *ná* de *ná*, le aseguro a *usté* que soy una buena chica, que yo no me meto en líos, ¡ea!

Mis labios sonrientes calmaron la actitud de Rosita.

—Todos estamos muy contentos con tu trabajo, Rosita. No pretendo reprenderte, eso ya se lo dejo a mi madre. Sólo quiero saber si conoces a una tal Dolores que ha vivido en la Alhambra.

—¿Dolores? ¿La Dolores?

Yo asentí esperanzado.

—Se refiere *usté* a la sobrina de Francisca Molina, la que llaman la Tía Antonia. No me pregunte por qué la llaman Antonia si su nombre es Francisca, pues hay cosas que no sabe ni Martínez de la Rosa, que debe de ser un rato leído.

—¿Sabes dónde puedo encontrar a Dolores o a la Tía Antonia?

—La Tía Antonia murió... o tal vez vive aún en alguna casucha de la Alhambra. No sabría decirle. A estas alturas debe de ser más bruja que mujer. Y Dolores volvió a la Alhambra cuando enviudó del médico, el Manué Molina; ya sabe el señorito: eran primos y tuvieron que pedir dispensa al Papa para casarse. Que yo todo esto lo sé por mi abuela, que tenía relación con un aguador que iba al aljibe de la Alhambra, relación de negocios, quiero decir, no vaya a pensar mal el señorito.

—Rosita... ¿tú sabes quién es Washington Irving?

Rosita me miró perpleja.

—¿*Guasintón* qué...? Ese nombre no es de *Graná*.

Le di las gracias con resignación pero aliviado de haber completado una parte de mi rompecabezas. Según me alejaba creí conveniente decirle:

—Rosita, gracias, pero ¡bájate las faldas! ¿Quieres que mi madre se pase todo el día con un sinapismo en la cabeza?

La muchacha sonrió con malicia, puedo suponerlo. Seguro que ella también se imaginaba lo que seguía a los disgustos de mi madre, un fuerte dolor de cabeza que ella misma llamaba «el patatús» y que combatía con ridículos ayes y una cataplasma de alcohol y hierbas en la dolorida frente.

Con todo, con la bellísima imagen de Rosita y sus torneadas pantorrillas y la de mi madre enferma de sus patatuses, me marché a casa de Julián Mínguez, seguro de que mi profesor sabría mucho más que cualquiera de Irving y de su misteriosa Dolores.

28

Aproveché el viaje para llevar a Mínguez unos cuantos ejemplares de la biblioteca, libros que doña Bárbara había catalogado inequívocamente de heréticos.

Julián Mínguez fue mi primer profesor o al menos el primero que se preocupó de mi educación. Era lo que podía llamarse un hombre de estudio, librepensador y enérgico defensor del patrimonio artístico granadino. Pero no se encontraba muy bien, su cara ratonil había palidecido y tosía a intervalos. Se tapaba la boca con su gran pañuelo y se cerraba el cuello del batín de cuadros que cubría su cuerpo. Me recibió en el comedor de su casa, espacio humilde pero acogedor que calentaba con un brasero y en donde me acaloré al recibir un ambiente corrompido por la enfermedad.

—Disculpe usted, amigo mío. Estoy descompuesto, algo de resfriado. Ya sé que no es tiempo aún de braseros pero me encuentro tan destemplado que no he tenido otra ocurrencia que encenderlo. La señora Sebastiana, que como sabe usted me cuida y vive aquí al lado, me dice que me traerá unos cuantos ladrillos calientes para ponerme en los pies, que por ahí se va el calor del cuerpo, pero ¿qué quiere que le diga? Yo con fiebre no

cavilo y lo único que quiero es tener calor y dejarme de pampinas.

—¿Quiere que vaya a buscar a un médico?

—Ni lo sueñe usted, Maximiliano. Los galenos de esta ciudad te sangran sin necesidad de utilizar sanguijuelas, que lo que te sangran no es el brazo sino el bolsillo. Y la jubilación es cosa seria en mi profesión; si antes cobrabas poco como profesor, con la jubilación sólo te queda la honra de haberlo sido.

—Si es por dinero, don Julián, yo...

—¡No me sea usted así, Maximiliano! Respéteme mis manías. En esta casa no ha entrado un médico en veinte años. ¿Sabe cómo me curo yo la gripe? Leyendo y teniendo la mente despejada. ¿Cree usted ahora que lo que digo es por boca de la fiebre? Pues puede ser, pero yo soy un científico y un filósofo, y ahora creo más en el poder de la mente que en el del cuerpo. Vamos, que me importa un bledo el germen que infecta mi cuerpo.

Creí prudente callar. Era obvio que Mínguez no se encontraba en su mejor momento. Su vehemente carácter se acentuaba con el mareo de la fiebre; sin embargo, su lengua se desataba y he de admitir que tenía un punto simpático que no encontraba en él cuando se hallaba sano.

—Pues yo venía a preguntarle una cosa pero veo que no es buen momento...

—¿Cómo? ¿Vamos a dejarnos vencer por un bicho que ha de mirarse con un microscopio? ¡Oh! —exclamó Mínguez, distraído—. Esa teoría me la contó no hace mucho un profesor amigo mío de la Universidad de París, ¿o es de Lille? No lo recuerdo... El caso es que mi amigo dice que debe de existir una causa para que nos enfermemos, un parásito, algo que...

—Profesor... —intervine con ánimo de concentrar la dispersión que se había apoderado de mi enfermo amigo.

Y entonces él, como si volviera a la tierra desde su enigmático sistema solar, fijó su mirada en mí y dijo:

—Maximiliano: le ordeno que me pregunte.

Suspiré. No tenía muchas esperanzas de completar mi rompecabezas.

—Verá... En la biblioteca de mi padre encontré los *Cuentos de la Alhambra* de Washington Irving. ¿Los ha leído?

—Desde luego, originales y muy bellos.

—Tenían una dedicatoria a mi padre muy íntima, en la que se desprende que ambos fueron amigos...

—Su padre fue amigo de mucha gente en Granada. Entiende que muchos como él, sabedores del patrimonio artístico que poseemos, luchaban por reconocer a Granada como una de las más altas ciudades de España. Cuando yo era joven, oí muchas veces el término acuñado por Mérimée cuando vino a España: *différent* —y esto último lo dijo con un gran aspaviento—. España era diferente y sigue y seguirá siéndolo. Esa diferencia, lejos de sernos útil, nos ha hecho mucho daño porque lo distinto es siempre lo mediocre o lo temido.

—Sí, ya he leído lo que recomendaba Voltaire, que no valía la pena conocer España porque era una región tan salvaje como África. O la famosa frase de Dumas: «África comienza en los Pirineos».

30

—No estoy muy seguro de si debemos dar a la frase de Dumas un carácter peyorativo. A fin de cuentas nuestra tierra siempre ha sido más árabe que cristiana. Pero claro está, hoy lo árabe asusta, desprestigia. Yo creo que Irving fue el primero en darse cuenta de que en Granada hay que tener una actitud tolerante, pues nada es completamente puro por aquí.

—Entiendo que mi padre, siendo bastante más joven que Irving, lo idealizara y compartiera su entusiasmo y su fantasía, pero hay un nombre que ocupa mi memoria desde hace unas semanas. Se trata de Dolores; Irving citó a esta mujer en su libro. ¿Sabe algo de ella?

—¡Dolores! —pareció recitar Mínguez mientras recordaba—. La bella muchacha de los ojos negros. Era una delicia oírla cantar o simplemente observarla cuando caminaba por los palacios. Sí, me hace usted recordar momentos muy dulces, alguna vez también coincidí con su padre de usted en alguna fiesta. Éramos unos jóvenes idealistas.

—¿Sabe si Dolores vive aún en la Alhambra?

—Creo que sí. Vaya a verla y háblele de mí; si aún me re-

cuerda será muy grato para mí saber que he dejado una pequeña huella en su memoria.

Así lo hice. Un ímpetu nervioso me levantó de la silla en donde me encontraba sentado. Luego, subiendo por la Cuesta de Gómez, me arrepentí de haber dejado a Mínguez enfermo y desvalido, y me prometí a mí mismo que volvería con un médico, se pusiera como se pusiese. Mientras, mi corazón saltaba de emoción porque iba a conocer a Dolores, la muchacha de los ojos alegres, de los ojos negros, según contaba Irving, de la que tal vez se enamoró él o Mínguez, y quién sabe si también mi padre. Mi fantasía había superado a la del señor Irving; la bella Dolores se me antojaba como una duquesa, mejor aún, como una princesa de la Alhambra, y la veía seleccionando las mejores flores para ambientar los búcaros o abanicándose en el ajimez de alguna alta torre como guardiana de la ciudad.

Yo no había subido aún a la Alhambra, así que el camino que apareció ante mis ojos pasada ya la Puerta de las Granadas se me supuso un bosque encantado. Su espesura y la frondosidad de los castaños, los álamos y las acacias convertían el lugar en un plácido remanso. Los pájaros cantaban confundidos intentando volar hacia los haces de luz que se filtraban entre las hojas de los árboles. De los tres caminos que se abrieron a mi frente elegí el izquierdo. El instinto me hizo seguir uno de tierra, paralelo al rumor de un hilo de agua que a veces se convertía en una suave cascada. Aquel bosque encantado, lejos de producirme miedo, me parecía sacado de un cuento infantil. No me sorprendió lo más mínimo que Irving creyera ver duendes o moros fantasmagóricos caminando por aquellos lugares, puesto que cualquier persona con un mínimo de sensibilidad se habría dejado dominar por sus sentidos embargada por el prodigioso misterio de la Alhambra. Y cavilaba todo esto sin atisbarla de cerca, imagínense la impresión que me produjo una vez me hube encontrado tras sus muros.

Pasado el tristemente restaurado pilar que llaman de Carlos V ya me asaltaron algunos viejos mendigos. El anhelo que

me había acelerado la respiración se desvaneció ante la ruinoso apariencia del monumento. Y tuve una decepción de espíritu porque la imagen platónica de la Alhambra que aún permanecía en mis pupilas, la que había conseguido mediante la observación constante desde la biblioteca de mi padre, resultaba ser un fiasco. O peor aún, una mentira.

Desde la ciudad, la Alhambra parecía una mole emergente entre las nubes, compacta, sin fisuras. Pero según me acercaba su color rojizo se atenuaba y sus paredes, que parecían recias murallas, aparecían cuarteadas y frágiles. Esto fue lo que más me dolió, descubrir que la Alhambra era efímera.

—Señor, una limosna, por la Virgen, para este pobre lisiado que luchó contra los franceses...

—Señor, algo para comer, que tengo cinco hijos...

—No vaya, señorito, por la calle Real, que hay muchos gitanos, yo le guiaré por unos reales...

Muchos eran los inválidos, mendigos o borrachos que buscaban la sombra a los pies de la alta mole de la Puerta de la Justicia. Allí pasaban la tarde o la mañana, esperanzados de ver a algún cándido viajero que pretendiera atravesar la puerta.

Claro está que traté de dar una imagen más madura de lo que a mis años se solía aparentar y con recio porte me dirigí al último en hablar, aquel que me había ofrecido ser mi guía.

—Ofrezco esta moneda a quien me guíe hacia Dolores.

—¿La Dolores? —saltaron los tres.

El trío empezó a porfiar, uno porque encontraba injusto no poder levantarse al ser lisiado y dirigirme hacia el interior del monumento, otro por ser recién llegado a la Alhambra y no conocer a la susodicha, y finalmente, el tercero, el más desenvuelto, tomó la moneda de mi mano, tal como lo hubiera hecho un felino al saltar sobre su presa y con premura me dijo:

—Venga, su señoría, que yo le llevo ante los mismos pies de la Dolores.

Lo seguí de cerca, procurando no dejar mucho espacio entre él y mi persona, por aquello de temer encontrarme solo en la Alhambra, entre tanto pasillo y explanada que yo suponía parte de un laberíntico misterio musulmán. Oí cómo seguían

protestando los pordioseros de la puerta e incluso llegaban a las manos, pues la moneda de un visitante podía, con mucho, sacarles de la miseria diaria.

Al atravesar la puerta, ancha, pesada y de recodo, como las que construían los musulmanes, nos adentramos en otro mundo, el de la Alhambra. Y allí encontramos otra ciudad, grande, devastada, triste si acaso, por estar compuesta de ruinas y casas ocupadas por gente de mal vivir, pero activa e inusual.

—¿Dónde están los palacios moros? —pregunté impaciente.

—Ahora mismito entramos, su señoría... —me dijo el pordioso tratándome de jurista.

He de admitir que hubo un momento en que sospeché que pretendía confundirme introduciéndome por calles angostas, todas iguales en su estrechez y suciedad, para finalmente atrancarme o degollarme. No obstante, al entrar en una de las salas de un gran edificio me di de lleno con una estancia cubierta de artesonado y altas columnas, en todo similar a las árabes, que me pareció el preludio de mi destino.

—¡Dolores! —gritó desgañitándose mi joven guía—. Que te buscan...

Reprimí mi acelerada respiración. Me quité el sombrero presintiendo la llegada de una dama. Nos acabábamos de parar en un cuarto con detalles dorados; tenía dicho cuarto dos puertas rectangulares, no de inspiración árabe como cabría suponer, en donde se reconocía un perfil de hermosas filigranas de yeso que en sus tiempos debieron de ser bellísimas. Una de las puertas se encontraba semioculta por haber sido tapiada con ladrillos y la otra, aunque era de madera y estaba plagada de termitas, parecía ciertamente clausurada. En el centro del patio aún se presentían los restos de un aljibe, que luego me dijeron que se trasladó al jardín de Lindaraja. Este patio, con todo su encanto diminuto, era la conexión entre dos palacios, que llegaron a llamar Mexuar y Cuarto de Comares. Yo entonces lo ignoraba, pero me encontraba en el llamado Patio del Mexuar, que en mis tiempos se denominó de manera caprichosa Patio de la Mez-

quita, pues de ninguna manera se encontró cerca de él ningún templo musulmán.

—¿Quién va? —preguntó una voz femenina desde el interior de aquel palacio.

Al momento se vieron dos pies pequeños y delicados envueltos en unas alpargatas que se adelantaron a través de la puerta que parecía clausurada. Sostenían a una mujer que se me quedó mirando. Su pelo enmarañado hacía muchos días que no veía un peine. Yo debí de mostrar una expresión de sorpresa porque no fui capaz de preguntarle nada. Nos miramos mutuamente durante algún tiempo y entonces yo pensé que había sido un tonto, que Dolores, la de Irving, no podía ser, tras los años transcurridos, la bella muchacha que yo esperaba encontrar. Mi sueño se rompía nuevamente.

—¿Es usted Dolores? —preguntó mi esperanza.

—Sí, señor. Yo soy Dolores Molina y estos...—dijo señalando a dos chiquillos que aparecieron tras sus faldas a la que agarraban con fuerza—...son mis dos nietos. Bienvenido a la Alhambra.

Tocaron varias veces la campana de la torre de la Vela para indicar la hora. Su repique retumbó en aquel cuarto pequeño y dorado y me despertó de mi ensimismamiento.

Dolores pasaba ya de los cuarenta y, con todo, resultaba ser una abuela joven y dinámica. Era de poca estatura y ancha de huesos, lo que le daba un porte enérgico y poco delicado. Tenía una amplia sonrisa y unos ojos vivarachos que, indudablemente, en su juventud, encandilaron a más de uno. Cuando los dos nietecillos dejaron de protestar por tener que caminar cogidos de su falda, Dolores me hizo pasar por una de las puertas del patio.

—Venga el señor conmigo. Le mostraré una de las zonas más *bonicas* del palacio. Junto al estanque estaremos más frescos y cómodos.

Conducido por un pasillo, nuevamente en recodo, salimos a un espléndido patio. Era el patio de los Arrayanes o de Coma-

res, tanto da, situado a los pies de la alta torre que vigilaba el Darro y cuya parte hacia el río se encontraba frente a mi casa. Me erizaba el vello pensar que estaba junto a la torre cuya silueta era lo último que veían mis ojos al acostarme.

Dolores me sacó una silla de enea y ella se sentó a mi lado. Sus nietos empezaron a corretear temblonamente, lo que indicaba su escasa edad, y hubo de reprenderlos con la amenaza de dejarles sin unas galletas que tenía horneando en sus ocultas dependencias.

—Dígame el señor, ¿desea conocer el palacio? Yo puedo enseñárselo, he vivido en él toda mi vida. Y antes que yo mi tía Antonia. Soy una auténtica hija de la Alhambra.

Sonreí. Ya conocía esa expresión por el escritor americano.

—¿Recuerda usted a Washington Irving?

Dolores enmudeció. Su mirada vivaracha era ahora de un cristal inexpresivo y tuvo que reprimir el llanto cuando éste empezó a cristalizar.

—¡El americano! ¡Cuántos recuerdos tengo yo de ese señor tan elegante! Fueron momentos muy *bonicos*, de verdad. —Entonces sacó un pañuelo blanquísimo de la faltriquera y se secó la nariz, que tomaba un ligero color rosáceo—. Era yo muy joven y muy inocente. Y la Alhambra era toda para nosotros. Primero llegó él, y luego los pintores, los franceses, aquellos señores con un atril que despedía fuego...

—¿Los fotografías?

Dolores asintió sin saber a qué me refería.

—La Alhambra era una auténtica ruina, los gitanos hacían fuego y arrancaban los azulejos para venderlos. Se veían cabras deambular por sus salas porque gran parte de este palacio se dedicaba a establos. Pero créame el señor que fueron buenos tiempos para mí y para la Alhambra. Ahora todo es bien distinto. Cada día vienen unos señores, toman medidas, hacen dibujos y se van. Luego vienen y ponen un templete o cubren una ventana con una celosía, y dicen que es como debía de ser en tiempo de los moros. Pero ¿qué quiere que le diga? —Dolores volvió a utilizar su pañuelo, esta vez para limpiar sus primeras lágrimas—. Antes la Alhambra se caía pero se oían las

risas de sus hijos. Ahora dicen que el gobierno cuida de ella, pero la Alhambra está triste.

Con un impulso que no reconocí en mí, le acaricié su ajada mano, que parecía temblar por el recuerdo. Una media sonrisa me indicó que lo agradecía.

Dejando atrás los lejanos recuerdos y ocupándose de la algarabía que manifestaban sus nerviosos nietecillos, la mujer me miró con cierta curiosidad y preguntó:

—Usted... ¿Es la primera vez que viene por aquí? Yo le conozco.

Me encogí de hombros.

—No conocía la Alhambra, pero mi padre sí la visitó en aquellos tiempos. Se llamaba Manuel Cid.

Dolores se paralizó por el recuerdo y luego dejó ver una de sus mejores sonrisas.

—¡Virgencica! Ya me parecía a mí. Es usted el señorito Maximiliano, el que se me perdió en los baños. Toda una tarde estuvimos buscándolo y luego yo misma lo encontré, acurrucadillo, en una esquina de los baños del palacio.

Su entusiasmo me impidió replicar a sus palabras porque yo no recordaba nada de aquella aventura; no obstante, el detalle de conocer mi nombre hacía de sus palabras un testimonio fidedigno.

—Así que ha leído el libro del señor *Guasintón*. Dicen que me nombra. A mí los libros me marean. Sé leer, no piense usted, me casé con un médico. Pero yo no estoy hecha para ver letras, ni para escribirlas. Todas mis historias están aquí, en mi cabeza. Muchas le conté al galante americano y él, que era tan lila como todos los extranjeros, se las creyó *toítas*. Durante los dos meses que estuvo aquí residiendo no paró de buscar al fantasma de Boadbil.

—Seguro que tiene muchos recuerdos de aquellos días...

—¡Muchos, muchos! —dijo moviendo con parsimonia su cabeza—. Y todos están tan frescos como lo que hice ayer...

Yo no pude contrariar a mi vocación de escritor, por entonces aún latente, y la miré con convencimiento de que ella respondería.

—Bien, entonces enséñeme la Alhambra, pero no la que hay ahora, sino la que existía cuando el americano vivía en sus habitaciones. ¿Es demasiado pedir para una hija de la Alhambra?

Dolores, con una sonrisa malévola, me miró. No negaré que sus ojos me parecieron jóvenes y atractivos. Luego de mirar a sus nietecillos y regañarlos por acercarse demasiado al estanque central del patio, volvió su cabeza hacia mí y dijo:

—Supongo que el señorito Maximiliano habrá traído mucho papel, porque hay mucho que contar.

Yo, con una rapidez inusual en mí, rebusqué algo donde poder anotar algunas letras, pero Dolores ya comenzaba su historia y tuve que acelerarme como un estudiante ante la prosa ligera de su profesor.

—Esta historia empieza con una explosión... ¿Ha anotado usted? Sí, sí, con una explosión, la de los franceses cuando abandonaron la Alhambra, que se llevó por delante ocho de mis torres. ¡Dios los lleve al infierno! Hasta a los leones de la fuente dejaron tumbados los muy gabachos...

Así transcurrieron muchas tardes y mañanas, entretenidos ambos con las historias de Dolores. Ella me contó cómo era la Alhambra, quiénes la habitaron y quiénes la protegieron. Sus guardianes consiguieron de ella que llegara hasta nosotros. Juzguen ustedes si cumplieron con su cometido.